

iba á abrirse el tres de Enero, y por esto Chaudordy, instado por Inglaterra, que no quería verse abandonada por Francia, designó al mismo Julio Favre. Para que la invitación llegase á su destino, el gabinete británico la envió al ministro de los Estados Unidos en París, Washburne, cuya correspondencia había pasado hasta entonces libremente las líneas prusianas; pero Bismarck, enterado de todo, comunicó por completo á París, quedando la balija de Washburne detenida en Versalles, y al mismo tiempo notificó á Julio Favre, el treinta de Diciembre, que se le suministraría un salvo-conducto si quería pedirlo al «comandante del ejército sitiador». El ministro francés, ignorando que Chaudordy le hubiese designado y que Inglaterra le había dirigido invitación, sólo vió en el ofrecimiento del canciller la intención de humillarle, y lo rehusó. El gabinete británico protestó de las malas artes de Bismarck, y aplazó la apertura de la conferencia al diez de Enero. Hasta este día, precisamente, no restableció Bismarck las comunicaciones con París, ni dejó llegar á manos de Julio Favre la invitación. ¿Por qué? Porque había empezado ya el bombardeo de la capital, y el ministro prusiano, psicólogo como pocos, calculaba que, en estas circunstancias, el plenipotenciario francés no abandonaría á París. Mas, esta vez, no acertó del todo. Ciertamente, Julio Favre no quería separarse de sus conciudadanos; pero, á consecuencia de larga discusión con sus compañeros, declaró, en circular del doce, que «consideraba la invitación de Inglaterra como un comienzo tardío de justicia, como un compromiso que no podría ser retractado»; y al día siguiente pedía un salvo-conducto, no á las autoridades militares alemanas, sino al propio canciller, exigiendo que él mismo se lo enviase. Pretextando nonadas, Bismarck se lo negó. La conferencia, que se había aplazado de nuevo, se abrió al fin el diez y siete de Enero, limitándose el primer día á sentar platónicamente el principio de que el tratado concluido por varias potencias no podía ser roto por una de ellas sin el consentimiento de las demás, y luego, para dar tiempo de llegar al representante de Francia, se aplazó otra vez hasta el veinticuatro. Pero llegó el veinticuatro, y Julio Favre no pareció, persistiendo, no obstante las instancias de Chaudordy, en no partir ni designar quien le sustituyese. Los asuntos de la guerra absorbían toda su atención.

Gambetta halló en Chancy un general de confianza heroica y de voluntad inquebrantable; Bourbaqui carecía, por desgracia, de lo uno y de lo otro. Después de haber rechazado varios ataques de los alemanes, Chancy retrocedió, estableciéndose el diez y nueve de Diciembre en la línea del Mans; Bourbaqui continuó al mediodía del Loire. En París, los sufrimientos populares iban creciendo. El frío persistía; los víveres empezaban á escasear. El diez y seis de Diciembre, se decretó la requisa de caballos, de los que se mataban setecientos por día. Previendo que pronto iba á faltar el trigo, se le mezcló arroz y avena, y los alcaldes monopolizaron el pan y la carne, reapareciendo en las panaderías y carnicerías municipales aquellas colas interminables de mujeres, niños y viejos que se

habían visto durante el hambre de la primera revolución, y esto durante largas horas, los pies en la nieve ó en el barro helado. Los individuos del gobierno, viendo, con angustia, decrecer los medios de subsistencia, instaban febrilmente á Trochu á probar de nuevo la suerte de las armas. Mas una salida que éste ordenó el veintiuno de Diciembre, en dirección al Norte, para atacar el *Bourget*, puesto avanzado de los alemanes, fracasó, sorprendiendo á los soldados un repentino descenso del termómetro á catorce grados bajo cero, que causó sinnúmero de víctimas, registrándose en una sola noche nuevecientos casos de congelación. El veintisiete de Diciembre empezó el bombardeo de París, y el treinta y uno, ministros y generales celebraron un gran consejo de guerra, que acordó realizar un esfuerzo supremo, anunciándose el primero de Enero, en el *Diario oficial*, que se unirían la guardia nacional, la guardia móvil y el ejército «para la defensa más activa». El ocho de Enero, después de larga interrupción, recibió Julio Favre despachos atrasados y una carta muy animadora de Gambetta. «El país entero, decía el joven dictador, comprende y quiere la guerra á todo trance..... Francia ha cambiado por completo de dos meses acá; el alma de París se ha difundido por toda ella y la ha transfigurado, y si llegaseis á sucumbir, un grito de venganza saldría de todos los pechos..... Los contemporizadores, los vacilantes, se jactaran de haber salvado lo que llaman el honor, si os dejáis sucumbir por el hambre; los audaces, los republicanos inquebrantables, después de haber cumplido en París su deber hasta el fin, saldrán, ganarán el campo y dejarán el camino sembrado de cadáveres..... Voto por los audaces..... Continuaremos la guerra hasta la victoria, aun después de la caída de París..... Por grande, por legítimo que sea el puesto que ocupa París, la unidad francesa debe sobrevivirle». Julio Favre envió á Gambetta una respuesta sombría, pero resuelta. «Si París cae, decía, Francia no se rendirá». Este había sido siempre su pensamiento. «Si somos vencidos y tomados, había dicho el veintitrés de Diciembre, nuestra última palabra á Francia será el consejo de resistir».

La carta de Gambetta prueba que en provincias no decaía el ánimo; pero los resultados no correspondían á los esfuerzos. Al norte, Faidherbe, general reflexivo, mesurado y organizador, después de haber sostenido bríosos combates en *Bapaume* y *Saint-Quentin*, tenía que retirarse el diez y ocho de Enero á Cambrai; al sur, Chancy, derrotado el once en la célebre batalla de Mans, retrocedía hasta Mayenne y Laval; al este, Bourbaqui, á pesar de las ventajas alcanzadas en Hericourt y de haber rechazado Garibaldi en Dijon al general Kettler, emprendió la retirada á Besanzon, y de aquí hacia el Doups y los ásperos desfiladeros del Jura. Estos desastres no abatieron á Gambetta, que voló á los campamentos: el diez y nueve estaba con Chancy en Laval, el veintiuno con Faidherbe en Lille, y á su presencia, los soldados cobraban ánimo y nuevos batallones se formaban como por milagro. Faidherbe no tardó en disponer del mismo efectivo que había presentado en *Saint-Quentin*, y el veintisiete de Enero, Chancy se hallaba á la cabeza

de más de ciento cuarenta mil hombres y de trescientos veinte cañones, sin contar el ejército de Bretaña en formación.

Animado con los despachos de Gambetta, que anunciaba la marcha de Chancy á París y una victoria de Bourbaqui, el gobierno de la Defensa nacional efectuó el diez y ocho de Enero otra salida, esta vez en dirección á Versalles, pero sin mejor resultado que en las anteriores, emprendiéndose la retirada después de haberse peleado heroicamente, de ocho de la mañana á cuatro de la tarde, en el parque de Buzenval. Este nuevo fracaso desalentó á Trochú y á Julio Favre. Sólo se disponía de lo preciso para no morir de hambre durante doce ó trece días. El desaliento fué mayor al recibirse la noticia de la pérdida de la batalla de Mans. El veintiuno se celebró consejo de guerra, que, por unanimidad, declaró imposible acometer una nueva tentativa. Trochú dimitió la comandancia de París, continuando de presidente del gobierno. El primer acto de su sucesor, el general Vinoy, que sólo por deber de disciplina aceptó el difícil cargo, fué reprimir una intentona de insurrección, que estalló el veintidós en la plaza del *Hotel de Ville*, sin que pudiera evitarse el derramamiento de sangre. Nuevo consejo de guerra acordó á una voz que no había más remedio que capitular, y Julio Favre hubo de resignarse á aceptar el martirio de ir á ver al duro canciller para tratar del armisticio.

La primera falta que cometió el ministro francés fué extender á toda Francia la suspensión de armas que propuso á Bismarck. Su única disculpa es que ignoraba lo que sucedía en provincias: ignoraba que tres grandes ejércitos, derrotados, pero imponentes aún, seguían en pie; que había disponibles enormes reservas; que el indomable patriotismo de Gambetta mantenía viva la esperanza en muchos pechos, y que el enemigo estaba cansado de una campaña que había creído de unas cuantas semanas y que llevaba ya seis meses. Por salvar á París, se sacrificó á Francia. Después de conferencias conmovedoras, el veintiocho de Enero se firmó el armisticio. Sus condiciones fueron: que los alemanes no ocuparían inmediatamente á París, aunque se reservaban el derecho de entrar en la ciudad; que tomarían posesión de todos los fuertes situados en torno de la capital; que las tropas activas de París, excepto doce mil hombres, serían desarmadas, pero que conservaría sus armas la guardia nacional, en lo que puso especial empeño Julio Favre, sin pensar que con ello preparaba la tremenda insurrección de la *Commune*; que se pagaría á los sitiadores doscientos millones de francos, y que el armisticio duraría tres semanas, durante las que se reuniría en Burdeos una asamblea nacional, para resolver acerca de la paz ó de la guerra. No menos funesto que las cláusulas transcritas, fué el convenio de que generales alemanes, que conocían perfectamente los movimientos que acababan de efectuarse en provincias, y dos generales de París, que los ignoraban, marcarían las posiciones que deberían ocupar los ejércitos beligerantes, siendo el resultado de esto entregarse á los invasores vastos territorios que no habían pisado; y más deplorable

que este convenio, fué el exceptuar del beneficio del armisticio al ejército del Este. Por último, para colmo de desgracias, Julio Favre, que tenía la cabeza trastornada, cometió dos omisiones graves: una, no advertir á la Delegación que la suspensión de armas no empezaba hasta el treinta y uno de Enero, y otra, no participarle que el ejército del Este quedaba excluido del armisticio. La consecuencia del primer olvido fué que las tropas francesas suspendieron sus hostilidades el veintinueve, al paso que las alemanas continuaron durante dos días sus operaciones; la del segundo, que el ejército del Este, inmovilizado desde el veintinueve por orden de Gambetta, vió al alemán Manteuffel obstruirle el único camino que le quedaba para ir á Lyon, teniendo que refugiarse el treinta y uno en territorio suizo, donde quedó neutralizado. Gambetta, apasionado siempre por la guerra, dimitió sus poderes por patriotismo.

Cansada y contristada por tantos desastres, Francia quería la paz, inmediatamente y á todo trance, y lo probó en las elecciones que se celebraron el ocho de Febrero, dando el mayor número de sufragios á Thiers, que resultó elegido en veintisiete departamentos y designado, por ende, como jefe necesario del nuevo gobierno. Los partidos monárquicos, explotando con destreza la idea de la paz, lograron mayoría en la nueva asamblea, por más que sus divisiones habían de reducirlos desde un principio á la impotencia. El doce de Febrero, se reunió en Burdeos la representación nacional; el diez y siete, Thiers fué nombrado jefe del poder ejecutivo de la república francesa, y dos días después, pronunciaba su discurso-programa, prometiendo consagrar todos sus desvelos á libertar y reorganizar á Francia, y declarando que no prejuzgaría la forma definitiva de gobierno, que todos los partidos podían conservar sus esperanzas y que la victoria sería del más prudente. Esto es á lo que se ha llamado *pacto de Burdeos*. Sin perder tiempo, el nuevo jefe del gobierno salió para Versalles, con Julio Favre, á quien había conservado en el ministerio de Estado, y una comisión de quince diputados, encargada por la asamblea de seguir las negociaciones. Con una presunción exagerada de su genio diplomático, Thiers no se avino á compartir con nadie el doloroso honor de concluir la paz en nombre de Francia, forjándose la ilusión de que solamente él obtendría del canciller de hierro concesiones, que éste rechazaría si llegaba á interponerse entre los dos cualquier mediación. La negociación se llevó rápidamente, firmándose los preliminares el veintidós de Febrero, después de cinco días de discusión, dura y fría por parte de Bismarck, tenaz y apasionada por la de Thiers. Tuvo el jefe del gobierno francés el consuelo de conseguir una rebaja de mil millones, en la indemnización de guerra, y la restitución de Belfort, á cambio de consentir al emperador Guillermo entrar con treinta mil soldados en París, en el cuartel de los Campos Elíseos. Las condiciones fundamentales de la paz fueron: primera, cesión á Alemania de casi todo el departamento del Alto Rhin, de todo el Bajo Rhin, gran parte del de Mosela, porción importante de de Meurthe y algunas parcelas del de los Vosgos, sumando el todo

más de catorce mil kilómetros cuadrados, con un millón seiscientos mil habitantes; segunda, pago de cinco mil millones de francos, á título de contribución de guerra, de los cuales mil serían entregados en mil ochocientos setenta y uno y los restantes en el plazo de tres años, á contar de la fecha de las ratificaciones. Desde esta misma fecha, los alemanes evacuarían el territorio que ocupaban en la margen izquierda del Sena, y luego, irían retirándose hacia el Este, á medida que se efectuasen los pagos, hasta la suma de dos mil millones; y las tropas francesas, excepto una guarnición de cuarenta mil hombres en París, se retirarían y permanecerían detrás del Loire, hasta que se firmase el tratado definitivo de paz. Thiers se apresuró á llevar esta convención á Burdeos; la leyó, con lágrimas en los ojos, á la asamblea, y después de una discusión conmovedora, en que se decretó la destitución perpetua de la familia de Bonaparte, fué aprobada, cambiándose las ratificaciones el tres de Marzo. Este mismo día, salieron de París las tropas alemanas, á las cuarenta y ocho horas de haberlo ocupado; luego se firmaron convenios adicionales, para el restablecimiento de las comunicaciones, el sostén de las tropas de ocupación, la repatriación de los prisioneros franceses y otros extremos, al tiempo que las dos partes se disponían á abrir en Bruselas conferencias, para discutir las cuestiones secundarias que no se habían resuelto en Versalles y concluir el tratado definitivo.

Nada tiene de extraño que, en medio de estas tristes preocupaciones, el gobierno de la Defensa nacional no se cuidase de la conferencia de Londres, que proseguía sus trabajos con lentitud, por desear vivamente Inglaterra el concurso de Francia. En vano lord Grandville insinuaba el cuatro de Febrero que, «al final de la conferencia, y aún después de una de sus sesiones», el representante de Francia podría, «aprovechando la presencia de los plenipotenciarios, someterles alguna cuestión interesante para su país.» El nueve de Febrero, Rusia logró, sin gran esfuerzo, que la conferencia aceptase las modificaciones que á su juicio debían introducirse en el tratado de París, limitándose Inglaterra á pedir que la firma del protocolo se aplazase hasta el trece de Marzo, en la esperanza de que para entonces Francia tuviese un gobierno regular. En efecto, en dicho día, el duque de Broglie puso, en nombre de Francia, su firma al convenio, por el que se confirmaba el tratado de mil ochocientos cincuenta y seis en lo tocante á la navegación del Danubio y al derecho reconocido al sultán de abrir ó cerrar los estrechos, pero se anulaba en punto á la neutralidad del mar Negro. Rusia obtuvo un gran triunfo, por más que, gracias á la intervención diplomática de Europa, no consiguió todo lo que deseaba. Inglaterra, sintiendo el menoscabo que sufría su prestigio en Oriente, se estimaba aún dichosa, por haber podido preservar la obra de París de una destrucción completa.

Francia no había apurado aún el cáliz de la amargura. En el instante de ir á empezar las conferencias de Bruselas, estalló de pronto en París nueva revolución, alimentada por los furroses de un patriotismo exagerado y los arrebatos de una demagogia sin freno. Justo

es consignar, sin embargo, que la Asamblea contribuyó á encender el fuego, negándose á prorrogar la suspensión del pago de alquileres y de los vencimientos de letras, decretada durante el sitio, y suprimiendo el sueldo á los obreros de la Guardia nacional, que estaban aún sin trabajo. Thiers, con sus ministros, llegó á París el quince de Marzo, é inmediatamente ordenó á las tropas apoderarse de ciento setenta cañones, que los guardias nacionales habían llevado á Montmartre y que consideraban como suyos: los soldados, rodeados del pueblo, se dejaron desarmar; los generales Lecomte y Thomas fueron fusilados. Thiers, siguiendo el plan que en otro tiempo había aconsejado á Luis Felipe, se retiró á Versalles, donde se había instalado la Asamblea. Después de varias tentativas de conciliación, el veintiséis de Marzo se constituyó la *Commune*, encargándose del gobierno el Consejo general, elegido por sufragio universal aquel mismo día. Para servir de «lazo entre el Consejo y la guardia nacional», siguió en pie la Junta central, órgano de la «Federación republicana de la guardia nacional», y este poder confuso, compartido entre el Consejo general y el Comité central, es lo que se llamó *Commune*. Empezó la *Commune* por desarmar á los guardias nacionales fieles al gobierno, establecer el servicio obligatorio para todos los adultos válidos y declarar nulos todos los actos del gobierno de Versalles; luego se constituyó en diez comisiones especiales, cuya principal fué la ejecutiva de siete individuos, reemplazada el veinte de Abril por diez delegados, cada uno de los cuales se encargó de un ministerio. Pero la *Commune* era una coalición de revolucionarios, sin programa común. De los setenta y ocho individuos que componían el Consejo, unos veinte pertenecían á la Internacional y acariciaban proyectos de reforma social; otros tantos eran *blanquistas*, partidarios de la revolución violenta; había, en fin, demócratas de la tradición de mil setecientos noventa y tres, llamados impropriamente jacobinos, montañeses del cuarenta y nueve, con vagas aspiraciones socialistas, y excépticos, que sólo buscaban gozar del poder. Por razón de su composición, la *Commune* no pasó de ser una asamblea insurrecta, considerada en Francia y en el extranjero como un conjunto de aventureros, sin carácter político. Su principal acto fué la *Declaración al pueblo francés*, publicada el diez y nueve de Abril, en que exponía la teoría del gobierno por «la autonomía absoluta de la comunidad, extendida á todas las localidades de Francia.» Cada comunidad tiene, como «derechos inherentes, los de votar el presupuesto comunal, fijar y repartir el impuesto, dirigir los servicios locales, organizar la magistratura, la policia interior y la enseñanza, administrar los bienes comunes, nombrar los empleados por elección ó concurso, con derecho permanente de revocarlos, organizar en fin la guardia nacional, que elegirá sus jefes y velará por el mantenimiento del orden». La autonomía de la comunidad sólo tendrá por límites la autonomía igual de las demás comunidades adherentes al contrato, cuya asociación asegurará la unidad francesa». No se reconocía entre las comunidades otro vínculo que el meramente federal. El movimiento repercutió en varias ciu-